

mar á mi vista extendidas, rugiendo siniestras y amenazadoras, azotando sin piedad las graníticas rocas, levantándose en montes de espuma como una tempestad que se desencadena soberbia y poderosa.

Nuevo relámpago y nuevo cuadro horrible y fragoroso.

Una mancha blanca se dibuja en las negruras de aquellos insondables abismos de revueltas trombas con estrepitosos truenos y fulgurantes luces; mancha que era el oasis de la vida en el desierto de la muerte, mancha que representaba la población sorprendida, en la tranquilidad indefensa del sueño, población con centenares de casitas, con otros tantos centenares de amorosos nidos, donde el padre, el hijo, el amante, el esposo, rendido por los excesos del trabajo á las caricias del amor, descansaban satisfechos, como perla que va buscando su concha, en el seno de hermosa compañera ó en el regazo de una tierna madre.

¡Olas del mar verdad que sois amargas!
¡Rayos de las nubes verdad que sois terribles!

¡Silbidos de un huracán verdad que sois espantosos!

¡Tinieblas de la noche verdad que sois sombrías!

Pero más sombrío, más espantoso, más terrible y más amargo, es esto...

¡¡Entrad y asustáos!!

Crujen los techos, se desmoronan los muros, se inunda la casa, la familia infeliz perece... Todo lo arrastra la corriente, y suenan quejumbrosos ayes, y se oyen exclamaciones de socorro, y las aguas se tiñen de sangre, y allá... luchando con el ímpetu de las aguas, ya en los estertores de la agonía, sostiene una madre entre sus brazos al hijo de su alma, que desfallece por momentos; y desaparece este inocente, y ella, frenética, medio muerta, loca, besa con delirio una reliquia que le dejó la despiadada corriente... es un brazo del hijo de sus entrañas...

Aquí... sangre, mucha sangre, muerte, mucha muerte; arrastrados, exánimes y desangrados flotan diez cadáveres, dos abrazados en el supremo instante de la muerte, venida en el supremo instante de alegría; porque aquellos dos cuerpos, menos dichosos que Tetis y Peleo, habían realizado su boda en tan infausta hora, y allí... luchando, muriendo, se ve sin salvación el padre, sin socorro el hijo, sin esperanza el amigo; y crece el estrépito, y la tempestad aumenta, y la muerte bulle y se acrecienta, y de todos lados surgen cadáveres ensangrentados, desdichados que se ahogan, casas que se derrumban; y oigo un trueno ensordecedor, y un relámpago fugaz se agita en el negro firmamento, y dando un grito caigo de rodillas...

¡Dios mío!!

Abrí mis ojos y una figura harapienta, demacrada, temblando de frío, alargaba su descarnada mano...

Una hermosa mujer, blanca y candorosa, con la tristeza de la compasión, depositaba el oro reluciente en aquella débil y yerta mano, en tanto que con su brazo estrechaba contra el corazón aquel cuasi esqueleto, que con lágrimas silenciosas de amargura iba desfalleciendo poco á poco...

En la frente de una se leía: ¡Misericordia! En la otra: ¡Caridad!

Se encontraron y fundieron en un abrazo todos los sentimientos y todos los dolores.

III

Sí... era un sueño y desperté; vestíme apriesa, todavía aletargado, todavía bajo la penosa impresión de pesadilla tan horrible...

Me ahogaba; busqué aire que respirar... salté á la calle...

Gracias, Señor... ya respiro...

Era un sueño, sí... ¡Qué sueño más horrible!

Pero allí hay mucha gente... allí... en la calle de las Serpentes.

Voy... voy á ver, aunque flaquean mis piernas...

¡Un parte!... ¿qué dice ese parte?... ¿qué dice ese telegrama?

Me aproximaré...

«Horroroso temporal. Pueblo Consuegra inundado. Mil quinientas víctimas»

¡Horror!... ¡Piedad, Dios mío!... ¡Caridad, pueblo español!...

¡Mi sueño fué una espantosa realidad!

J. MARCIAL DORADO.

Sevilla 24 de Septiembre de 1891.

Espectáculo grandioso
Es el que realiza España,
Llevando á los inundados
Pan amasado con lágrimas.
Pueblo que tan hondo siente
Ante el mundo se realza,
Y hace olvidar las miserias
De la condición humana.
Si blasfemo, perdonadme:
Pero al ver caridad tanta,
Y al medir los sentimientos
Generosos de mi Patria,
Bendigo, al par que deploro,
La catástrofe que es causa
De esta caridad sublime
Que tanto ennoblece al alma.

MANUEL MERA.

27 de Septiembre.

Fantasia del dolor

Hay una idea que siempre asalta nuestro espíritu con las heridas punzadoras de la duda en los instantes éstos de los trastornos de la tierra, llevando á la conciencia, en la más cruel de las angustias, la más dulcisima de las satisfacciones, y es ver alzarse en el fondo sombrío de las catástrofes, en el obscurísimo horizonte de la desolación, la miseria y la muerte, la luz grandiosa que reparte la limosna, la tranquilidad y los consuelos; la luz grandiosa de la bendita caridad cristiana. Cuando el Ángel del Mal, como visión tremenda, esparce por el mundo los horrores; cuando el espíritu se abisma en las crueles y negras reflexiones del pesimismo y del dolor, nada tan grande y tan sublime como la santa imagen del Ángel de la Misericordia recordando á los hombres la esperanza al exclamar con la palabra bíblica: *Sursum corda!* ¡Elevad los corazones!

Es indudable: los supremos instantes de lo creado, los instantes supremos de la naturaleza, los supremos trastornos y las catástrofes supremas nos recuerdan, con las sublimidades de las eternas enseñanzas, la pequeñez del hombre y la grandeza humana al mismo tiempo. Al ver hundirse en las obscuridades tenebrosas del abismo las tierras y los pueblos; al escuchar los ayes moribundos de un gran pedazo de la humanidad que sucumbe; al contemplar el tremendo espectáculo de aquel apocalipsis espantoso, surge de nuestro espíritu la reflexión de nuestra nada, acompañada del sentimiento, del dolor y de la desesperación de la impotencia; pero al mirar alzarse la voz de protección por donde quiera; al oír sonar, con los acentos de lo infinito, de redención la mágica palabra; al vez surgir sobre aquellas ruinas tierras y pueblos y humanidad viviente, acude á nuestro espíritu el sentimiento de la paz, llevando á la conciencia la fortaleza de la fe con las esperanzas de lo eterno.

Sí. Cuando contemplamos el horrible espectáculo de esos momentos lúgubres en que la tierra se levanta y el cielo se desploma; cuando escuchamos el tremendo rugido de la tempestad que retumba y el rugido espantoso de la tierra que cruje y se estremece; en ese instante horriblemente majestuoso, dudamos asombrados si todo aquello es obra del Espíritu del Bien, que gobierna los mundos desde la más celestial de las esferas, ó del Espíritu del Mal, que envía á la Tierra las legiones desencadenadas del horror y se complace con su obra, lanzando, iluminado por el rayo desde la más negra de las nubes, una infernal indefinida carcajada, coreada por los ayes de la muerte y respondida por los acentos del abismo.

Ese supremo instante de la destrucción y la catástrofe; ese momento apocalíptico del trastorno tremendo, parece á nuestro espíritu exaltado y á nuestra fantasía perturbada el inmortal aviso de la Eternidad, que nos recuerda nuestros crímenes y nos anuncia sus venganzas. Esas catástrofes inmensas, que destruyen los mundos y que sepultan lo creado; esos trastornos gigantes, que estremecen los espacios con las tremendas convulsiones del horror... ¡quién sabe si serán, en las inescrutables leyes que nos rigen, el momento supremo de ordenar lo creado, el momento supremo de la sublime conjunción de que habrá de nacer la dicha bendecida, eterna aspiración de lo existente! ¡Quién sabe! Cuando se trata de los hondos problemas de la existencia toda; cuando se quiere penetrar en los arcanos de lo desconocido, ¡quién puede asegurar, ni imaginar tan sólo, los misterios inmensos de nuestra ley universal! ¡Quién sabe! Pero, á lo menos, consigamos, reduciendo el espíritu á una más inmediata realidad, la más grande y sublime de las glorias: ¡alzar con la Caridad lo que se destruyó con la catástrofe!

FERNANDO DE ANTÓN (1890).

Haced bien

Vosotros, los que sentís abrumada el alma bajo el peso del infortunio; que contempláis con las pupilas inmóviles vacía la cuna en que arrullábais á vuestro hijo, tibia aún por el calor de su cuerpecito de rosa y nácar; sobrellevos que el dolor posó sus negras alas con la traición de la mujer que amabais: vosotros, que visteis desaparecer para siempre las ilusiones y los ensueños creados por la imaginación en venturosos días, y trocarse en negra noche aquellas alegres alboradas resplandecientes de luz y de colores; vosotros, los que con la cabeza inclinada, macilenta la faz y el paso tardío y vacilante camináis por el mundo acercándoos al sepulcro que os aguarda, menos frío ciertamente que vuestro corazón, sin nadie que os bendiga ni á quien bendecir; para quienes acabó la felicidad en la tierra, cansados ya de perseguirla y no alcanzarla nunca; vosotros, los poderosos, que en medio de tantas grandezas tenéis por compañero inseparable al hastío cuando no á la desesperación; que contáis las horas de insomnio, sin ver resaltar entre las tinieblas del lujoso aposento ninguna imagen sonriente que os consuele de los remordimientos que os asaltan, cuando tan fácil os sería ver en torno vuestro al ángel de la felicidad cubriéndos cariñoso con sus alas, levantad la vista al cielo, y al pedirle fuerzas para sobrellevar vuestras desdichas, oiréis cómo brota del fondo de vuestra misma alma una sola frase en que se compendia la felicidad que existe realmente en la tierra: *¡Haced bien!*

JOSÉ GESTOSO.

Mosaico

LIMOSNA Y ORACIÓN

Las desgracias causadas por la inundación de Consuegra me han hecho pensar más de una vez quiénes serán más felices: si los que perdieron la vida en el torrente, ó los que la salvaron creyéndose rescatados.

De los viejos nada digo, porque no van á ninguna parte: salvo algunas, pero muy raras excepciones, cuando no estorban á la sociedad y aun á la familia, ninguna falta le hacen.

Todos les llaman impertinentes, hasta sus hijos les recuerdan sus deberes. Cuando les dejan hacer, entonces... todo lo más que se dignan concederles es un poco de cariño.

Pero no hay que divagar y consigamos lo que nos propusimos, y es demostrar quiénes creemos que son más infelices: si los que han perecido ó los que se han salvado.

Tratándose de los míos, de los viejos, dicho queda; pero de los jóvenes diré que creo más dichosos á los muertos, pues éstos se han llevado un incalculable caudal: sus ilusiones.

Á los vivos los compadezco, porque tendrán que pasar por tantas contrariedades, que exclamarán más de una vez, parodiando á un célebre poeta: *maldita edad!*

¡Una limosna para los vivos!

¡Una oración para los muertos!

RAMIRO FRANCO Y PACHECO.

Ante la inmensidad de las grandes catástrofes, sólo encuentra el hombre lenitivo practicando la Caridad.

JOSÉ PALAZUELOS.

FRATERNIDAD

Nuestros padres han perdido su vida en épicas contiendas, unos contra otros; mas olvidados los odios que engendra la lucha, si no formamos un solo pueblo porque el gran Océano nos separa, somos hermanos por creencias, idioma y civilización.

Si á la vez que aquellas nos dejásteis vuestra sangre no os llevásteis toda vuestra grandeza de alma, que tantas veces os ha hecho heróicos, y esto nos obliga á acompañaros hoy en vuestros pesares, ocasionados por los desastres de Consuegra y Almería, mientras comienzan á llegaros americanas ofrendas para ayudaros á socorrer aquellas desgracias.

GUILLERMO ORTEGA Y FRANCO (MEXICANO).

UN DESEO

Mi natural modesto es refractario á la envidia; y, sin embargo, la he sentido por no hallarme en el lugar de los héroes de la Caridad en el reciente catástrofe de Consuegra, porque de haberme encontrado en la situación de ellos, despreciando los peligros hubiera sido feliz siguiendo los impulsos de mi corazón en favor de tanto desgraciado.

MANUEL M. DE PINILLOS.
Septiembre 24, 91.

El héroe desconocido que desaparece en las grandes catástrofes va al montón, sin dejar por eso de serlo; y ya que no podemos rendirle nuestra admiración, tributémosle un cristiano recuerdo. Esto hacemos con los muertos en las inundaciones pasadas.

Si alguna vez nos hallamos en tan críticas circunstancias, y nos contamos en el número de los vivos, no olvidaremos el ejemplo que nos han dado los religiosos franciscanos y el Alcalde de Consuegra.

Para continuar su obra, necesitan de los auxilios de todos. No les faltarán, pues la humanidad no es tan egoísta como algunos quieren que lo sea.

RAMIRO JACINTO FRANCO.

La Caridad

¡Hermosa frase, madre de todas las virtudes; áncora de salvación á la que se acogen los que sufren en este mundo de penalidades y desgracias; faro de bienandanza hacia el que dirigimos el rumbo, nosotros, pobres marinos que navegamos al azar salvando unas veces los infinitos escollos que se nos interponen en nuestro derrotero y otras sumergiéndonos en las ocultas profundidades de lo desconocido para no volver á reaparecer en la superficie del camino que nos propusimos recorrer!

¡Caridad sacrosanta, yo te bendigo desde el fondo de mi alma y admiro á cuantos te practican, lamentando que no todos conozcan tu verdadero significado y no todos la realicen como debieran! La caridad es una frase que al ser pronunciada por los labios merece ser practicada con mucha frecuencia, pero sin pompa, sin ostentación, sin vanidad mundana; defectos que hoy, por desgracia, se encuentran muy arraigados y que es preciso desterrar de los corazones.

Esto es cierto, ciertísimo; y si no, ved á ese infeliz mendigo, que extenuado de fatiga y retratado en su semblante todos los horrores del hambre aproximase á aquel caballero que, respirando opulencia, se hace conducir en lujosa carretela que dirigen criados ostentando aristocrática librea, ¿qué respuesta le ha dado? Ninguna; tan sólo una mirada despreciativa mereció el infeliz. Seguid al caballero y le veréis dilapidar su caudal con sus compañeros de orgías; seguid al mendigo y observaréis que va implorando la caridad de sus hermanos; pero éstos le desconocen, le repudian, le arrojan de su puerta, y si el infeliz pordiosero, acosado por la necesidad, repite ó acentúa su petición poniendo de manifiesto las privaciones que le rodean obtiene como única contestación:—Perdone, hermano, y no sea importuno; soy superior á tí, no tengo que pedir nada á nadie.—Soy un pobre,—dice el mendigo con voz ahogada por el sufrimiento.—Más lo sería yo,—responde el magnate,—si tuviera que partir mi dinero contigo.

Pero miradlo ahora; por fin ha encontrado quien se duela de sus desgracias. ¿Veis aquel señor que arrastra coche y mantiene lacayos con vistosas libreas? Acaba de bajar de su carruaje, hace un gesto de desagrado al observar el mendigo que se le acerca implorando una limosna con voz suplicante, y aguardando el momento en que todas las miradas se hallan fijas en esta escena, abre un lujoso y repleto bolso, extrae de su contenido reluciente moneda de plata y la arroja á los pies del desdichado, que la recoge ébrio de alegría, la besa con respeto y bendice la pródiga mano de su bienhechor. No la bendigas, no; no recojas esa limosna, fruto del más refinado orgullo, de la virtud más ficticia, de la caridad mundana menos aceptable. El que te la da no cree que es un acto de piedad el que ejerce, sino un capricho del lujo... no la recojas, y prosigue tu camino hasta encontrar un sér que sea digno de tí. Mas ¿qué decimos? Delirios locos los que forja nuestra imaginación; la necesidad impele al mendigo, ha cogido la limosna y parte con ella; ¿adónde? á buscar alimento, á reparar sus desmayadas fuerzas y á volar al socorro de su desgraciada esposa y cuatro pequeñuelos que, hacinados en miserable bohardilla, reciben al autor de sus días extendiendo sus flacas manecitas en demanda de un trozo de pan, mientras que la desolada esposa dirige al recién llegado miradas de penosa incertidumbre, dudando que las peticiones de sus hijos obtengan satisfactorio resultado.

¿Y es ésta la caridad? No; la caridad deja de serlo desde el momento que se niega una limosna al verdadero necesitado, ó se practica de la manera que hemos referido. El mendigo, transcurrido el primer instante de reconocimiento, siente que su corazón se le desgarró, y exclama:—¡Ah, si yo pudiera trabajar!—Y una lágrima discurre por su descarnada mejilla, lágrima que, resbalando, humedece el pan que come, el pan de la amargura.